

El Sombrío Fantasma de Alejandro Lasser, el novelista.

Alejandro Lasser llegó al mundo material en 1916, en Agua Larga, en las mágicas montañas del Estado Falcón, en las que nos encontramos con muchos toponímicos que incluyen el agua: Agua Larga, Agua Clara, Agua Limpia, como para que los que viven en las zonas desérticas que están al sur, al bajar las montañas, o al norte, donde el agua es salada, se nutran de envidia ante los espacios de un verdor de cascadas y pájaros en donde nació Alejandro Lasser.

Nació junto a la ruta que transitaron muchas veces, entre otros, Diego de Losada, el fundador de Caracas, y Alonso Andrea de Ledesma, el inventor del *Quijote*. Y cuando digo que Ledesma inventó el *Quijote*, no invento nada, me refiero a hechos que nunca podrán comprobarse, pero que pueden tener muchísimo de ciertos. Al fin y al cabo, la novela, que fue una creación de Cervantes en tiempos inmediatamente posteriores a aquellos en los que Ledesma recorría los pagos de Alejandro Lasser, se nutrió, en general, de hechos ciertos que el novelista recogía en su medio, y en medio de sus desgracias. Y en su tiempo, los hechos americanos se comentaban a viva voz en Sevilla o en Madrid o en cualquier lugar de España. No me queda la menor duda de que una hazaña tan inútil y tan de hidalgo español como la del anciano caballero Andrea de Ledesma, que el 29 de mayo de 1595, cuando los piratas ingleses al mando de Amyas Preston, sicario de Walter Raleigh (a quien los españoles, con su eterna incapacidad para pronunciar lenguas extranjeras, llamaban "Milor Guatarral") invadieron la pequeña aldea de Santiago de León de Caracas, se lanzó, absolutamente solo a combatirlos y cayó muerto, como casi le ocurrió a Don Quijote ante los célebres molinos de viento, no puede haberse ignorado en su momento, y mucho menos en Sevilla, en donde Cervantes vivió entre 1587 y 1602, y desde donde, cinco años justos antes de la muerte de Ledesma, el 21 de mayo de 1590 se dirigió por escrito al Consejo de Indias en busca de "un oficio" en América, que no consiguió. En 1597 se produjo su primera reclusión en la

cárcel de Sevilla, "en donde toda incomodidad tiene su asiento" y "se engendró" el *Quijote*. Ello por haberle confiado 7.400 reales de fondos públicos a Simón Freire de Lima, el banquero que quebró y lo dejó al descubierto, hecho ocurrido poco después de que en mayo de 1595, es decir, días antes del sacrificio de Ledesma, se le otorgara -a Cervantes, claro- un premio literario (tres cucharas de plata) en una justa poética en honor a San Jacinto, en Zaragoza. Laureado, con deseos de ir a Nueva Granada o a La Paz o a Guatemala, seguramente leía hasta con ansiedad todo cuanto pudiera de aquel mundo al que no pudo ir y del que escribió en 1600, en *El celoso extremeño*,¹ cosas terribles (*"Viéndose pues, tan falto de dineros, y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio a que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores a quien llaman ciertos los peritos en el arte, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos"*), son los términos que utiliza Cervantes para describir la América española), como para justificar ante sí mismo la frustración de haberse quedado de ese lado de la mar oceánica. En la cárcel, o antes de ir a tener a ella, Cervantes debe haberse topado con el relato que del extraño suceso hizo Gaspar de Silva, en el que dice, en un lenguaje que tiene mucho del tiempo de don Miguel, *"que sabe este testigo y vido cómo el dicho capitán, como tal y siendo, como era, tan gran señor, le embistió al enemigo inglés a caballo, con su lanza y adarga, y andando gran rato escaramuzando entre ellos como tan valiente soldado y servidor de Su Majestad, le dieron un balazo que lo mataron, y cayó muerto de su caballo..."*¹² Los ingleses, admirados por al valor del anciano, premiaron su hazaña colocando el cadáver sobre su escudo y rindiéndole toda clase de honores, a pesar de las circunstancias en que se hallaban en el lugar. ¿Podría haber algo más parecido a lo que una década después publicó Cervantes? Esta tesis se hace más atractiva cuando se cae en cuenta de que quienes viajaron a Venezuela no fueron los nobles, sino

delincuentes que pagaban penas o desesperados capaces de cualquier cosa, o los descendientes de antiguos caballeros e hidalgos venidos a menos, como el propio don Quijote de la Mancha (a quien, además, Cervantes llamó don Alonso, que es el mismo nombre de pila de Ledesma), con su escudilla vacía y sus sueños partidos, que en muy poco o nada se diferenciaba de todos, o de casi todos los que fundaron ciudades y recorrieron llanos y montañas en esta Tierra de Gracia. En consecuencia, creo que tenemos que empezar a decir que la brevísima gesta de Ledesma no es cervantina, sino la larguísima del Quijote fue ledesmina.

Quién sabe cuántas veces, aun antes de aprender a hablar, Alejandro Lasser se sentó en alguna sombra o en algún claro del bosque a conversar con dos hidalgos y un poeta: Alonso Andrea de Ledesma, su tocayo Alonso Quijano, llamado *don Quijote*, y don Miguel de Cervantes Saavedra, que le habrán contado cómo hay que contar las cosas cuando se ha nacido entre fantasmas de brillo, entre verdores y cantos que en el caso de Lasser, el de Agua Larga, debe ser algo muy especial, por lo especial de ese mundo que sembró en su mente ideas, formas y razones que se han desarrollado en su obra a lo largo, ya, de varias décadas.

Cuando le faltaban dos años para cumplir los treinta, que es la edad perfecta para publicar novelas, dio a conocer *Sin Rumbo*, obra de la cual que Domingo Miliani dice: *Los sondeos del mundo interior, la subconsciencia, aflorante, el juego hábilmente labrado sobre los tiempos y planos del relato, maduran y se consolidan en su mejor novela, que llena con nobleza el gran vacío de estos años.* Ocho años después, en 1952 aparece *La voz ahogada*, libro en el que se hace presente el onirismo, la introspección, el psicologismo, y del que se ocupan expresamente el **Papel Literario de El Nacional**, el 8/1/53 en crónica firmada por J.R.C., y Oscar Sambrano Urdaneta en la **Revista Nacional de Cultura**. Aparece en momentos difíciles, cuando la censura de un dictador oscurece el ambiente y silencia las voces. Entre otros, Domingo Miliani ha dicho que fue esa una época de crisis en la narrativa venezolana y la llama *Bajamar de diez años*.³

Afirma que la narrativa publicada en ese decenio, 1948-1958 *sólo tiene destellos momentáneos en la prolongación de autores pertenecientes a generaciones que venían publicando desde el 36 o antes (...) Se vuelve por los fueros de un regionalismo pintoresco o filantrópico; por la narración histórica, el "cuento infantil", el costumbrismo más o menos maquillado para disimular su anacronismo.*⁴ Y más o menos salva de esa *debácle* a Antonia Palacios, Alejandro Lasser, Felipe Massiani y dos o tres más. Pienso que Miliani exagera, en primer lugar porque varios de los nombres que aparecieron después, cuando pasó la década oprobiosa, escribieron sus novelas y cuentos durante ella, pero no los publicaron, bien porque estaban dedicados a luchar contra la dictadura, o bien porque tuvieron el natural y excusable miedo que debe haberles dado la censura. Pienso más bien que lo que entonces ya estaba en crisis, y no ha salido todavía, es la crítica literaria. Porque de otra manera ¿cómo explicar su vacío silencioso ante obras como *La muchacha de los cerros* y *La espiral y el círculo*?

La muchacha de los cerros, editada por la **Compañía Bibliográfica Española** en Madrid, en 1958, inmediatamente después de salir de los diez años de bajamar, apenas fue comentada por la germánica doña Federica de Ritter en el **Papel Literario de El Nacional** el 23 de octubre del 58, y *La espiral y el círculo*, publicada por **Editorial Fundamentos**, de Madrid, en 1992, también se ha enfrentado a ese inexplicable silencio de la crítica, cuando es una obra ambiciosa, que debería haber sido exhaustivamente discutida, aunque fuera para decir que tiene tales o cuales defectos. Podría plantearse, por ejemplo, que Lasser hace una novela deliberadamente anacrónica, en la que trata de que la novelística vuelva a ser, como lo fue durante los trescientos años que corrieron entre la publicación del *Quijote* y el alzamiento de la sicología, debido a Sigmund Freud, campo de discusión de lo divino y lo humano, y en la que juega con maestría con los tiempos y reduce el espacio real a una simple celda, que es el ambiente en donde se desarrolla un mundo político, anacrónico también, y hasta confuso, que si bien se ubica en Venezuela, podría estar en cualquier otro país

latinoamericano. O decir, por ejemplo, que el verdadero protagonista de *La espiral y el círculo* no es ni el pobre Placidio, secuestrado sin saber por qué, y además "individualmente inocente, pero socialmente culpable" (p. 10), ni el complicado Agustín, que al final de la novela no es parido, como parece anunciarse a lo largo de más de cuatrocientas páginas, sino pasa a otro mundo, que puede ser otra forma de parto (p. 441). No, el verdadero protagonista de la novela no es ninguno de los que el autor pone allí para que parezcan serlo, sino la crítica literaria, secuestrada por el novelista y obligada a una misión poco menos que imposible, que es la lectura objetiva de un texto, y de la cual no sale incólume, pues queda demostrado que no entiende lo que ha leído porque ha estado aislada de su verdadera realidad, que no es la política, no es la ideología, sino la literatura. Podría, en general, plantearse cualquier discusión, y así generar un intercambio de opiniones enriquecedor, que interese a los lectores por las obras venezolanas y los motive a leerlas, a estudiarlas, para que salgan de esa bajamar, que no ha sido, en cuanto a la crítica literaria, de diez años, como dijo Miliani, sino de casi setenta, puesto que última obra que recibió apoyo, aliento y justicia por parte de la crítica venezolana fue *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, publicada en 1929, justamente cuando Venezuela se convertía en país monoprodutor de petróleo y poliimportador. El petróleo no es literatura y, por lo tanto, la literatura pasó a ser ignorada, y en cambio la literatura sí es un producto material y puede ser importada y por eso la crítica y el periodismo venezolanos se han dedicado a ignorar lo venezolano y aupar lo extranjero, y hasta prefieren inventar, por ejemplo, que a una obra llamada *Maluco*, que es de un uruguayo, casi se le dio el Premio Rómulo Gallegos, cuando en realidad ni siquiera fue finalista, y en cambio se niegan a admitir que a un venezolano, cualquiera que sea, casi se le dio el Premio en otra ocasión. Prefieren mentir antes que admitir que la narrativa venezolana está a la altura de la mejor narrativa de América latina.

Por eso, el premio que se le ha otorgado a Alejandro Lasser es un acto de justicia, y felicito de todo corazón a los que decidieron dárselo, así como felicito a Alejandro Lasser, no por el premio, que es un adorno más en su casa, sino por su casa, que merece todos los adornos que puedan serle otorgados.

Caracas, 28 de febrero de 1996.

Eduardo Casanova.

- ¹ Miguel de Cervantes, *El celoso extremeño*, en *Obras Completas*, M. Aguilar Editor, Madrid, 1943. P. 866.
- ² Citado por Isaac J. Pardo, Pardo, *Esta Tierra de Gracia*, 6a. Edición en M.A., 1988, Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela, 1988., p. 197.
- ³ Miliani, Domingo, *Tríptico Venezolano*, Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, Caracas, 1985, pp. 137-139
- ⁴ Miliani, Domingo, *Ibíd*, p. 137.